

Emmanuelle Arsan

Emmanuelle
2. La antivirgen

Traducción de Josefa Lázaro

TUSQUETS
EDITORES

Índice

P.	11	1. El amor al amor y lo que hace de ti la novia del mundo
	29	2. La invitación
	41	3. Combate de Eva
	59	4. La noche de Maligâth
	81	5. La hetaira
	107	6. Para mayor felicidad de Ariane
	127	7. La edad del uso de razón
	167	8. <i>Deus escreve direito por linhas tortas</i>
	197	9. Los pájaros sin máscaras
	211	10. El más noble talento
	231	11. La casa de cristal
	255	12. Sus piernas desnudas sobre tus playas de fuego



1

El amor al amor y lo que hace de ti la novia del mundo

Nosotros, que moriremos tal vez un día, hablemos del hombre inmortal en el hogar del instante.

Saint-John Perse, *Amargos*

—Anna Maria Serguine.

Mario se apoyó en la «i» del nombre interminablemente, en una nota alta, aislada, que daba al resto de las sílabas un tono de confianza mullido y tierno.

La joven estaba sentada al volante de su automóvil. Mario le tomó la mano y le mostró a Emmanuelle los dedos largos y sin sortijas, apoyados en su palma.

«Anna Maria», repite un eco dentro de Emmanuelle, que trata de saborear de nuevo la sensación de caricia después de la vibración florentina de la «r». Vuelven a ella retazos de canto llano religioso, impregnados de incienso y cera caliente. *Panis angelicus*. Las rodillas de las muchachas bajo las faldas decentes. Los ensueños deleitosos, *O res mirabilis!* Las gargantas que prolongan las «íes», las lenguas que las humedecen con su saliva, los labios que se entreabren dejando asomar los dientes que se ofrecen... *O salutaris hostia...* Emmanuelle dora con una luz de vitral, venida del otro extremo del mundo, el rostro desconocido, recriminándose no encontrar más que palabras de colegiala para describir su belleza.

«¡Una pura maravilla!», celebra ella en secreto. «De una pureza segura de sí, jubilosa, feliz.» Se le encoge el corazón. ¡Tanta gracia no puede ser más que un sueño!

—Tú la volverás real —dijo Mario, y Emmanuelle se preguntó si no había pensado en voz alta.

Estalló la risa de Anna Maria, tan natural que Emmanue-





Ile se sintió aliviada. Y se decidió a tomar la mano de la visitante.

—Pero no ahora —bromeó ésta—. He de llegar al té de las damas. —Se volvió hacia Mario, mirándolo de abajo arriba, como si hubiese olvidado lo alto que era. El coche parecía casi a ras del suelo—. ¿Ya encontrarás un alma buena que te acompañe a la vuelta? —preguntó a Mario.

—*Via, cara, via!*

Las llantas patinaron sobre la grava. «¡Sin parabrisas, sin guardabarros, sin capota!», se inquietó Emmanuelle, levantando los ojos al cielo oscuro. Ya apesadumbrada, miraba alejarse el sueño.

—¡Y yo que creía conocer lo más bello que ha hecho la Tierra! ¿Dónde has encontrado a ese arcángel?

—Es de la familia —dijo Mario—. A veces me sirve de chófer. —Y preguntó—: ¿Te interesa?

Emmanuelle no contestó.

—Volveré mañana —anunció él. Dejó pasar un momento—. Te prevengo, vas a necesitar mucha persuasión. Pero estoy seguro de que la harás entrar en razón.

—¿Yo? —protestó Emmanuelle—. ¿Cómo voy a hacer semejante cosa? ¡Si apenas he empezado a aprender!

Sentía una punzada de despecho. Sin consultarlo con ella, y después de una sola lección, ¿ya daba por terminada la experiencia?

Habían atravesado el jardín de Emmanuelle y la terraza. Permanecieron de pie en el salón, delante del gran móvil de hierro negro cuyas hojas se movían impulsadas por la respiración de Mario.

Ella observó:

—Seguramente tú la habrás educado ya. ¿Qué más puedo hacer yo?

—No se trata de Anna Maria, sino de ti.

Él esperó que ella replicara, pero Emmanuelle se limitó a hacer un gesto de escepticismo. Mario explicó entonces:

—El acto que mejor te crea es aquel que haces ejecutar.



Ninguna forma es tan tuya como la que tú rehaces. Pero a lo mejor ya estás satisfecha de lo que eres.

Emmanuelle sacudió su melena negra.

—No —dijo con firmeza.

—¡Entonces, cambia! —concluyó Mario en tono fatigado. Pese a ello, agregó—: Porque eres mujer, en tu papel entra el amor a ti misma. Pero porque eres diosa, te incumbe también la salvación ajena.

Ella sonrió, recordando el camino de tablas del templo en la noche. Él la miró fijamente.

—¿Has empezado a instruir a tu marido?

Ella negó con una mueca, entre arrogante y avergonzada.

—¿No se ha extrañado de la duración de tu ausencia?

—Sí.

—¿Qué le has dicho?

—Que me habías llevado a fumar opio.

—¿Y no te ha soltado un sermón?

—Me ha hecho el amor.

Ella leyó la pregunta en los ojos de su confesor.

—Sí —dijo—. Pensé en ello durante todo el rato.

—¿Y te gustó?

La expresión de Emmanuelle respondió por ella. Revivió la exaltación nueva que experimentó cuando el semen de su marido se mezcló dentro de ella con el del *sam-lo*.

—Ahora estarás deseando volver a hacerlo —declaró Mario.

—¿No te he dicho ya que acepto tu ley? —Era verdad. En aquel momento no imaginaba siquiera de qué hubiera podido dudar. Para convencer a Mario, repitió la máxima que él le había inducido a formular la víspera—: «Todo el tiempo dedicado a otra cosa que no sea el arte de gozar, entre brazos cada vez más numerosos, es tiempo perdido». —Después le preguntó—: ¿A qué cree Anna Maria que debe dedicar su tiempo?

—En preparar otro tiempo. En castigarse en este mundo para ser premiada en el otro.



La voz de Emmanuelle se volvió imparcial:

—Es que para ella existen otros valores que no son los del erotismo. También ella tiene sus dioses y sus leyes.

Él la miró con interés.

—Espero ver —dijo— si el sueño del cielo hará que se pierda una muchacha para los hombres, o si el amor a lo real ganará un alma para la Tierra.

Emmanuelle le toma del brazo.

—Qué mala anfitriona soy. No te ofrezco nada para beber. Ni para fumar.

Trata de arrastrarlo hacia el bar, pero él la retiene.

—Espero que, por lo menos, no lleves nada debajo de ese short —dice con suspicacia.

—¡Qué pregunta!

Es tan corto que apenas asoma por el borde del jersey de color coral. Por la entrepierna se distinguen los bucles negros del pubis de Emmanuelle.

De todos modos, Mario encuentra motivo de crítica en lo que ve.

—No me gusta ese short. Una falda se levanta: es un acceso. Un short es una traba. Me desinteresaré de tus piernas si siguen asomando de esa especie de saquito.

—Ya me lo quitaré —concede ella de buen humor—. Pero antes dime qué quieres beber.

Él está pensando en otra cosa.

—¿Por qué nos quedamos dentro? Me gustan tus árboles.

—¡Pero si va a llover!

—Todavía no llueve.

Es él quien lleva a Emmanuelle donde él quiere: hasta el ancho reborde de piedra que rodea la terraza. Un relámpago tiñe de verde el vacío entre las flores inmóviles del flamboyán.

—¡Oh, Mario, mira qué chico más guapo pasa por la calle!

—Sí, está muy bien.

—¿Por qué no lo llamas y le haces el amor?





—Hay un tiempo para cada cosa bajo el cielo, dice el Eclesiastés, un tiempo para perseguir a los chicos y un tiempo para dejarlos correr.

—Estoy segura de que el Eclesiastés no dice nada de eso. Mario, tengo sed.

Él cruza las manos, paciente. Ella sabe lo que está esperando; Mario se encoge de hombros, baja la cabeza arrugando la barbilla con gesto de testarudez y mira sus muslos desnudos hasta la ingle. Allí, la tela traza una línea roja: que la vean a una desnuda por encima de esta línea es indigno.

—¿Y bien? —insiste él.

—Vamos, Mario, aquí no. Pueden vernos desde la casa de al lado. ¡Mira! —Señala con el dedo unos visillos que se mueven—. Ya sabes cómo son los tailandeses. Siempre hay alguien curioseando.

—¡Perfecto! —exclama él—. ¿No me habías dicho que te gustaba que admiraran tu cuerpo?

El gesto mortificado de Emmanuelle hace sonreír a Mario, que prosigue:

—Recuerda: lo que es discreto no es erótico. La heroína erótica es, a semejanza de la elegida de Dios, aquella que da motivo de escándalo. El escándalo del mundo es lo que produce la obra de arte. ¿Es estar desnuda esconderse cuando se está desnuda? Tu lujuria no tiene sentido si la encierras tras las cortinas de tu alcoba: el prójimo no se liberará de su ignorancia, de su vergüenza ni de su temor. Lo importante no es que tú estés desnuda, sino que él te vea desnuda; no que tú grites de placer, sino que él te oiga gozar; no que tú cuentes tus amantes, sino que los cuente él; no que tú hayas abierto los ojos a la verdad del amor al amor, sino que ese otro, ese que todavía anda a ciegas en su noche y sus quimeras, descubra en tu mirada que no existe más luz que ésa y vea en tus gestos el testimonio de que no hay más hermosura que ésa. —Su voz se hace más apremiante—: Cualquier recaída en el pudor desmoralizaría a una multitud. Cada vez que te inquiete el temor al escándalo, piensa en los que viven espe-



rando secretamente tu ejemplo. No los defraudes. ¡No ridiculices la esperanza que, formulada o informe, consciente o ciega, ponen en ti! Si una sola vez, por timidez o porque dudas, impides que se consuma un acto erótico, piensa que ninguna audacia ni ningún mérito futuro podrían redimir tal espantada. —Guarda silencio un instante y, luego, en un tono imperceptible de desdén, añade—: ¿O es que vas a hablarme de las conveniencias? ¿Qué quieres, hacer como los demás o que los demás hagan como tú? ¿Quieres ser Emmanuelle o una persona cualquiera?

—Yo puedo respetar las convicciones de mis vecinos —se defiende ella—, pero eso no significa que tenga que compartirlas. Y si a ellos no les gusta lo que me gusta a mí, ¿por qué he de querer escandalizarlos? A mí no me importa nada que ellos vivan a su manera. ¿Podríamos vivir en el mundo sin un poco de tolerancia, de discreción, de cortesía? Incluso podemos dejar que crean que pienso y actúo como ellos. La sociedad está hecha de estos convencionalismos, de estos compromisos.

—El que se comporta como el vecino de enfrente es el vecino de enfrente. En lugar de cambiar el mundo, no hará sino reflejar lo que pretende destruir.

Emmanuelle parece impresionada.

—Eso no es mío —se excusa Mario—. Es de Jean Genet. —Y continúa, con voz más suave—: En amor, como dijo otro dramaturgo, demasiado ni siquiera es bastante. Si ya has actuado bien, constantemente tienes que superarte. A ti misma y a los demás. No consientas que otro te rebase o llegue a tu misma altura. No basta con ser ejemplar una vez. Hay que serlo en lo sucesivo.

Emmanuelle mira a lo lejos sin decir nada. Se sienta sobre el murete, abrazada a sus piernas, con la barbilla en las rodillas. Luego, con una tensión casi hostil, pregunta:

—¿Y por qué tengo que hacer todo eso? ¿Por qué yo?

—¿Por qué tú? Porque tú puedes. Como otros pueden resolver ecuaciones o componer sinfonías, tú puedes destacar

en el amor físico y en la belleza. Y lo que uno puede hacer, tiene que hacerlo. No querrás haber pasado por este mundo sin que quede nada de ti, ¿verdad?

—¿Tengo diecinueve años! Mi vida no se ha acabado...

—Pero ¿tienes que esperar para empezarla? ¿Eres demasiado niña? Es verdad, yo te enseñé el heroísmo; pero el mundo lo necesita. Tu especie lo reclama.

—¿Mi especie?

—Sí, este antiguo ácido aminado, esta antigua ameba, este antiguo tarsero, esta cosa *increíble en la que hay que creer...*, empeñado en ser otra cosa. ¿Animal? ¿Vertebrado? ¿Mamífero? ¿Primate? ¿Homínido? ¿Homo? ¿Homo sapiens?... Todo son etiquetas caducadas. Aquellas especies que el hombre prepara: hombre del espacio-tiempo, hombre del pensamiento sin muros, hombre de cuerpos múltiples y espíritu único, hombre creador y modificador de hombres, pero, siempre, amenazado por sus criaturas y sangrando, como por un estigma, por sus errores y sus enigmas. ¿No quieres ayudarlo?

—¿Le ayudará que yo me quite el short?

—¿Sería eso servir al hombre, perpetuar la ilusión, la superchería, la fobia? ¿Perpetuar el pudor?

—¿Y tú crees realmente que, para el tiempo pasado o para el futuro, puede tener importancia enseñar o dejar de enseñar el pubis?

—El futuro sólo depende de tu imaginación y de la osadía de tu cuerpo. No de tu fidelidad a las costumbres. Lo que en la época de las cavernas fue sabiduría, en nuestros tiempos puede haberse convertido en una necedad. Estamos hablando del pudor. ¿Se trata de una virtud innata, de un valor humano bueno o malo en todos los tiempos? En realidad, no tiene nada de respetable. En un principio fue un rasgo de prudencia, un hallazgo ingenioso, justo, saludable; hoy es un remilgo, un sofisma, un contrasentido, una perla falsa del absurdo, un refugio de iniquidad, una copa de perversión...

—Sabes perfectamente que no soy pudibunda y que tus letanías me divierten. Pero ¿tan en serio hay que tomarlo?



—El hombre se arañaba con las zarzas y se enredaba en las lianas. Tenía las zarpas y los dientes de la fauna rival y pasaba más tiempo trepando, saltando y rodando entre espinos y sílex que acariciando a sus mujeres en la humedad salina de sus grutas. El primero que tuvo la ingeniosa idea de proteger el órgano del que dependía la llegada y el número de sus descendientes prestó un servicio a la especie. Y si no hubiera tenido la ocurrencia de hacer de esta precaución una ley ética, un rito, un rasgo de elegancia, un *encanto*, ¡quién sabe si el hombre hubiera llegado a imponer su supremacía! Lo que con el tiempo se convertiría en beatería, al principio fue precaución biológica, una iniciativa impuesta por la evolución. Por lo tanto, en el plano de la verdadera moral, un bien.

Mario se sienta frente a Emmanuelle.

—Después, de no ser por el invento del vestido, la especie hubiera muerto de frío. —Se pellizca con un gesto de mal humor la camisa salpicada de sudor—. Hoy, fíjate, la Edad del Reno está lejos, los glaciares se fundieron y nosotros seguimos disfrazándonos porque estaría feo andar desnudos... —Suspira, irritado—. Nuestros asientos son de terciopelo y nuestros jardines están cubiertos de césped. Nuestros animales no tienen caparazón ni colmillos. Pero seguimos temiendo a nuestros sexos. La ropa interior, una vez cumplida su función y perdido su significado, se ha convertido en algo sagrado. ¿Me preguntas por qué debemos arrancárnoslo como si fuera la túnica de Deyanira? El apego a un mito que ha perdido su finalidad embrutece al hombre. La energía que se gasta por una causa mágica le es robada al pensamiento creador.

Mario recobra súbitamente su vivacidad.

—Cuando a los griegos les dio por civilizarnos, la tarea que les pareció más urgente fue la de desnudarse. Al principio, mirando a la Edad de Piedra, seguían ocultando su verga. El desnudo no se impuso en la palestra hasta la época de la razón y de la cultura. Si aquellos guerreros y filósofos no hu-



bieran aprendido a tiempo a burlarse de sus taparrabos, tal vez nosotros seríamos bárbaros todavía. —Un brillo burlón aparece en los ojos del italiano—. Y no vayas a creer que los efebos dorios preferían estar desnudos en el gimnasio por simple comodidad. Su intención era ofrecer el espectáculo de su belleza a los *erastés* que después inmortalizarían su memoria. La estatua de Eros presidía el gimnasio al lado de la de Atenea. A sus pies daba el hombre los primeros pasos por el camino de la sabiduría.

Durante unos instantes Mario parece soñar con una época en la que Emmanuelle cree que a él le hubiera gustado vivir. Luego, Mario continúa, haciendo un amplio ademán:

—Lo que te digo acerca de la historia del pudor vale también para los otros tabúes sexuales. ¿A qué oprobio no te expondrías si confesaras ante tus amistades que te gusta sentir un miembro viril en la boca y retenerlo en ella hasta que acaba de gozar, que te deleitas con las caricias de tus propias manos y que en tu lecho recibes otros cuerpos además del de tu esposo? Estas prohibiciones tuvieron su sentido en otro tiempo. Cuando era deber del hombre poblar la Tierra, hubiera sido un desatino desperdiciar el esperma. Fue, pues, una buena idea hacer del onanismo un pecado. Ahora que la proliferación humana se ha convertido en un peligro, lo que debería prohibirse es gozar en la vagina de la mujer, y lo virtuoso esparcir el semen allí donde no pueda fructificar. El antiguo temor del esposo a que su mujer fuera fecundada por otro hombre ya no tiene razón de ser, y menos aún desde que las técnicas contraceptivas se han sumado al arte de la caricia y de los labios para acabar de distinguir las cosas. Por lo tanto, en este siglo es algo obsoleto, y una amenaza para el pensamiento, considerar reprochable la búsqueda del placer de los sentidos al margen de los mecanismos reproductores, del mismo modo que ya es hora de calificar de inofensiva y legítima la afición de nuestras mujeres a los penes nuevos.

Mario parece esperar una respuesta de Emmanuelle, pero ella no dice nada y él prosigue:



—Si queremos que nuestros hijos tengan poderes mentales distintos de los nuestros, es necesario que, gracias a nuestra valentía, encuentren un mundo liberado de las represiones absurdas y de las angustias vanas. Un sabio pacato, un sabio devoto, es un sabio coartado: ¿qué no hubieran llegado a descubrir Pascal o Pasteur de haber tenido la mente liberada! ¿Y qué decir del artista que tolera que le pongan las anteojeras y el cabestro? Nadie puede pretender, en nombre del hombre, ese honor del mañana si cree o finge creer que el cuerpo que se exhiba será condenado. Esos estambres, esos pistilos, ese regalo para la vista de esos encantos desnudos con que la naturaleza quiso honrar a las flores, ¿iba a concederlos un dios perverso a su criatura preferida para su mortificación y su caída? Pero no hay que alarmarse... Basta la extraña infibulación de ese short para que se te aseguren los goces de la eternidad. Perdona que me exalte, pero ¿te parece tolerable que la raza humana, con toda esa carga de inteligencia y de escepticismo, templada por tantos milenios de insolencia y de peligros, fortalecida por tanta risa y embellecida por tanta poesía, sea hoy este Aquiles amedrentado que busca su salvación en los trapos, los escondrijos y la vergüenza de las vírgenes? Ésta es la misión del erotismo: despojar a los vivos de las camisas de fuerza que les atan y de losartilugios como los verdugados que los ridiculizan.

Emmanuelle mira con ojos indulgentes el fino jersey que se tensa sobre sus senos. Pero Mario no le hace caso y le recuerda su deber.

—No sé si el erotismo es un bien en sí. Lo que sé es que te lleva a aborrecer la estupidez y la hipocresía, que te provoca el deseo de ser libre y la fuerza para conseguirlo. Cuando el mundo se vuelve presidio, él es la lima, la escala, el santo y seña. No conozco secreto que pueda, mejor que esta *lucidez*, liberar al hombre de sus terrores más estériles, dándole la posibilidad de sustraerse a la gravidez herciniana, para saltar al espacio estelar sin postulados. Y porque no quiero que en la era de las alas tus gestos sigan determinando las muti-



laciones, las prudencias y las artificiosidades, te conmino a que hagas una exhibición de tu belleza y de tus sentidos, a fin de que los que te miran engendren un linaje menos feo, menos impotente, menos crédulo, menos servil y menos obsesionado por las simulaciones que ellos mismos. —Se tiende de espaldas, con la cabeza junto a los pies de Emmanuelle—. Quizá el desafío que entraña la exhibición de tu sexo desnudo sobre esta piedra pueda devolver la indocilidad y el amor a aquellos seres humanos que están amenazados de deshumanización por las leyes demasiado nuevas de la naturaleza y las leyes demasiado viejas de la ciudad. —Se levanta y continúa—: Si la misión de la inteligencia es conocer la verdad, la de la moral es reconocerla. Con un solo método: abrir los ojos. Y una sola regla: no mentir. La misión parece fácil. Y sin embargo... —prosigue encogiéndose de hombros—. ¡Paciencia! Ya sabes lo que dijo aquel matemático colega tuyo: la verdad nunca triunfa, pero sus enemigos acaban por morirse. —Una visión interior parece alegrarlo de pronto—: ¡Quién sabe si no será una imprudencia esperar demasiado! En una época en que los robots empiezan a estar mejor vistos que los hombres, tenemos que darnos prisa en poner a prueba nuestro cuerpo y en glorificar sus poderes si queremos que ese cuerpo se conserve. Se ha dicho que beber sin sed y hacer el amor en todo momento era lo que más nos diferenciaba de los otros animales. No me sorprendería que dentro de poco la única manera de distinguir un ser humano de una máquina sea la propensión de aquél a desafiar el orden sexual con el desorden del erotismo. No te quepa duda de que los androides transistorizados que un día pilotarán nuestras naves-cohete sabrán reproducirse mediante el coito, y ya verás como les gusta. Pero mientras no se aparten de las leyes naturales ni del sentido común y prefieran masturbarse, mientras sus hembras no aprendan a disfrutar del orgasmo con otras mujeres, nosotros seguiremos siendo interesantes.

Emmanuelle le escucha embelesada. Mario se explaya con ella, pero no tarda en abstraerse de nuevo en su tema:



—El hombre no sólo necesita números transfinitos, sincrotrones, cortisona y trasplantes de corazón. Sí, es bueno que combata la malignidad de los metabolismos y que ponga a su servicio los mesotrones y las moléculas. Pero en un mundo en el que el ser humano conoce su factor Rh y, mediante un solenoide engendrado por su técnica, mide la longitud de onda de sus deseos, necesita más que nunca descubrir el valor de vivir. —Mario subraya sus palabras con un deje de pasión.

»Nosotros, testigos de que la forma de barbarie que se enorgullece de alimentarse de carne cocida puede coexistir, por indecente que sea tal espectáculo, con el embrión al que se le cambiaron los cromosomas y el átomo al que se le alteró la estructura, procuraremos que no se nos escape de las manos ese precioso hilo de Ariadna que nos salva de tropezar con los muros ciegos y de desmoralizarnos entre tanta confusión y delirio: el amor a la belleza. Y por lo tanto, el amor al amor; porque el amor es, además del poder de ir delante en la carrera, la obra más bella de todas las obras: el arte hecho hombre, el arte que hace hombres, pero también el hombre hecho arte. ¡Que sea arte el amor a nuestra carne, prodigio que eterniza! Para que seamos perpetuos como la piedra, como esos aluviones formados por miles de millones de gemas que la crecida de los grandes ríos cuánticos arrastra a través de las llanuras del espacio. Puedes estar segura: no hay porvenir más grandioso para estos perecederos genios solitarios que somos nosotros, aquejados por la fragilidad de nuestras pulsaciones y nuestras células que nos fustiga cual plaga angélica, que esta oportunidad que tenemos de legar, en el vacío indestructible de la materia, esas figuras de brazos levantados y ojos de estrella que habremos esculpido para nuestro placer y que serán nuestra honra. Sí, ellas son la única supervivencia verdadera del hombre, su descendencia reconocida, su desafío victorioso a la muerte, ¡su obra! Teme a la muerte si no has de dejar algo que sea más de lo que tú has sido. ¡Pero a qué altura te sitúas por encima de las pie-





dades y las agonías seculares sí, con el cincel de tu vida, eternizas ese cuerpo amenazado de cilicios y sudarios bajo los rasgos de la dicha en el mármol de la belleza!

Mario abre las manos, levanta la cara al cielo, se le quiebra la voz.

—«Antes de que se oscurezcan el sol,
y la luz y la luna y las estrellas...»

Emmanuelle deja sueltas las rodillas que aprieta con los brazos. Mira a Mario como cuando él hablaba a la orilla del *khlong*. Él continúa:

—Sí, en un momento dado todo sirvió. Incluso el cristianismo. Un día, a los mortales, abrumados por magias y sacrificios, a las tribus, enloquecidas por desconfianzas y desprecios, un hombre les dijo: “Amaos los unos a los otros. Todos sois una única especie fraterna. No hay raza elegida, no hay esclavos, no hay condenados. Os libero de vuestras ficciones y de vuestras matanzas. Os libero de vuestros ídolos y de la quimérica carga de vuestros pecados originales. Vuestros sacerdotes, sus templos y sus libros no tienen ya respuesta para todo. Debéis haceros a vosotros mismos las preguntas, sin ignorar que nunca recibiréis respuesta. Es vuestra búsqueda sin fin ni reposo la base de vuestra existencia y de vuestra libertad. No se os juzgará más que por lo que hayáis hecho...”. Aquel día, el mundo dio un gran paso adelante.

»Después, el sentido del Evangelio se perdió; y la doctrina del progreso se ha convertido en un gran sistema de represión en el que todo impulso vital es pecado. El Mesías sirvió a la evolución. Su Iglesia constituye un obstáculo. Hoy sois vosotros los que debéis propagar la buena nueva del amor. Un amor que no sea una ofensa. Un amor que libere de la vergüenza y ante cuyo sacrilegio los fariseos, una vez más, se tapen la cara con el manto. Un amor que deshaga el engaño y, al mismo tiempo, esté henchido como una vela por el sortilegio y el misterio de los grandes comienzos. Un amor que sea una victoria sobre la debilidad y el miedo, una victoria de la vida. “Goza de la vida con una mujer a la que





ames”, dice el Eclesiastés. “Todo lo que tu mano pueda hacer, hazlo con todas tus fuerzas, porque no hay obra, ni inteligencia, ni ciencia, ni sabiduría en la morada de los muertos adonde vas.” El cuerpo es lo que merece que se llore de amor: “¡No, el cielo no!”, clamaba la moribunda, “¡el cielo no, mi amante!”. Al amor a la muerte que clama el demente, el pensamiento responde que sólo quiere creer en la bondad de la vida, en la fiesta carnal de los vivos: “Más vale un perro vivo que un león muerto...”. Solamente el desprecio del cuerpo hace al cuerpo perecedero, y haber tenido sus leyes por viles es lo que las envileció. Si hay en el mundo algo sagrado, tiene que encarnarlo el sexo. Feliz el que, a la hora de la muerte, pueda decir: aposté por un cuerpo y no he perdido mi vida.

»Emmanuelle, no me da miedo, no me da vergüenza proyectar en tu cuerpo el mañana del mundo. —Mario reflexiona. Luego, en tono más sosegado, continúa—: Un sacerdote no podía atreverse a ir tan lejos, hasta la erosfera, de la que la noosfera no era sino una etapa. El erotismo, nombre secreto de la evolución, no es más que la espiritualización creciente de la materia. El cerebro, por si solo, no nos haría capaces de alcanzar más que lo que es. Necesita un botafuego: el órgano creador de unas visiones más lejanas que la naturaleza, lo que nos proyecta al más allá de la tierra, es el sexo. Privado de él, el hombre estaría inmovilizado. Si el cerebro de los hombres es más que el cerebro de los ángeles y mucho más que una trama cibernética es porque lo cruzan ríos de esperma. El falo es nuestra oportunidad, sin él no seríamos más que máquinas de espaldas heladas. —Por un instante, Mario vuelve a hablar con severidad—: Espero que cuando te hablo de órgano sexual y de cerebro, tú sepas atribuir a cada uno de ellos lo que le corresponde y no confundas el arte erótico con el simple apetito de los sentidos. Para la mayoría de los hombres, el poder de los sentidos es una riqueza perdida. El uso que hacen de él es el que podría hacer un mono un poco listo. El erotismo debe ser, en primer lugar,





una organización del pensamiento que vuelva a los sentidos dignos del hombre. No te dejes engañar. La verdadera faz del erotismo no es la lascivia, sino el amor.

»¿Me has tomado por un maniaco sin corazón? —De pronto, la voz de Mario suena con un acento dolorido—. Es el sufrimiento de los hombres lo que me hace clamar. Creo que la felicidad de los hombres es su razón de ser. Y que es posible alcanzarla. Y que tú la encontrarás, si no te falta valor ni curiosidad. Creo que los hombres pueden aprender a vivir si aprenden a cambiar en un universo cuya ley es el cambio. Es preciso que se libren de la obsesión del pasado y que renueven a tiempo sus modos de pensar y sus reglas. Y las más retrógradas, las más limitadas, las más injustas de todas son aquellas reglas impuestas por la aritmética de la pseudomoral sexual, con sus binomios y sus unidades irrisorias, en una época de la ciencia en la que el estudio de los valores aislados cede el paso al de los conjuntos, como tú debes de saber, como buena matemática. ¡Ah, cuánto heroísmo se necesita para desterrar unos hábitos que sólo sirven para hacernos sufrir! Nos consideramos seres morales y todavía no estamos convencidos de que tenemos el deber de vivir felices. No es verdad eso de que “no hay amor feliz”. El amor que yo te enseño le da su oportunidad a la felicidad. No es producto del cansancio ni de la decadencia, sino signo de salud de los que tienen la juventud por delante. Es su experiencia de un mundo que todavía no está hecho. No llores, Emmanuelle: la alegría de mañana tiende hacia tu realidad carnal sus brazos desgarrados. La soledad no puede ser la eterna vocación del hombre. Sin duda, para éste la soledad no es más que una fase elemental del conocimiento, una enfermedad infantil del espíritu de la que se curará cuando crezca. Creo que el futuro de la especie está en la unión, más que en el aislamiento; primero, la unión de dos, después, de tres, de cuatro, de grupos que sean verdaderas unidades, conjuntos de variables complejos, espíritus con cuerpos múltiples. Tal vez así, en cien millones de años, se supere esta condición que hoy sólo





nos permite empezar a vivir “al otro lado de la desesperación”. La virtud que yo atribuyo al erotismo es ésta: derribar el muro de la soledad. Conceder por fin al hombre el deseo del hombre. Y estoy seguro de que el hombre puede triunfar en esto más que en cualquier otra disciplina, más que en cualquier ascetismo, más que con ayuda de drogas y sacramentos. Comprenderás, pues, que el exclusivismo y los celos sean para mí los peores crímenes, unos atentados contra la evolución, nacidos de la hipocresía y la perversidad de las sectas suicidas, esclavas de los poderes de prodigalidad de la especie. Porque amarse más de dos no es injuriar al amor, ni traicionarlo, y tampoco es prueba de su fracaso. Es la puerta hacia una vida de abundancia en la que el amor multiplicará al que ama y le impedirá amputar al amado. Este amor del que un día seremos capaces significará el fin del embotamiento y de la ignorancia, el fin de la infancia; será el tiempo del hombre que empezará a ser. Tal vez un tiempo de auténtica alegría. El orgullo de nuestros sexos y nuestros senos dorados, la rueda de nuestros brazos danzantes, nuestras alas locas, los saltos de nuestras piernas desbancarán a los tangos lúgubres de nuestras vacaciones resignadas. Será posible vivir una juventud entre las tumbas. ¡Ah, no tengo que esforzarme para creerlo: es mi única fe!

Los ojos de Mario conmueven a Emmanuelle, que aún le deja decir:

—El mundo será lo que hagan de él la inventiva y la temeridad de tu cuerpo. Mi misión es abrirte los ojos a tu oportunidad. Los que vengan después tendrán que intentar que no se te deifique ni se te adore. Cuando el erotismo se convierta a su vez en una religión, con sus cultos, sus iglesias, sus obispos y sus diablos, su latín y sus tabernáculos, sus excomuniones, sus indulgencias, sus curias y sus guerras justas, cuando, a su vez, pretenda tener respuesta para todo, y si la Tierra, bajo su ley y sus hogueras, vuelve a quedar triste, entonces el hombre estará preparado para provocar otras sublevaciones. Ahora te toca a ti derribar los falsos dioses, sus





templos desolados y sus ritos sin fe. ¡Emmanuelle, líbranos de nuestro mal!

Ella lo mira y espera. Parpadea una o dos veces, baja finalmente los ojos, se queda quieta. Luego, al cabo de unos minutos que se le hacen largos, yergue el busto y, con movimientos lentos, se levanta el jersey, se desabrocha el short, lo baja hasta las rodillas, luego hasta el tobillo, y lo lanza con el pie al otro lado del murete. El contacto con la piedra, ni fría ni caliente, pero sí lisa y dura, le contrae las nalgas.

Emmanuelle no protesta cuando Mario le pide que se tienda boca arriba de manera que todo el bajo de su vientre quede al descubierto. Para ofrecerlo mejor, deja caer las piernas a cada lado del parapeto. El pubis sobresale y sus muslos se abren, hermosos, mostrando el relieve de sus músculos largos y ahusados, a flor de piel, a los que el azar cambiante del sol del monzón tiñe alternativamente de ámbar u oscurece.

